Papa y el rey Fernando de Nápoles. Porque Lorenzo, no sólo padecía la enfermedad de la gota, heredada de su padre, sino que le atacaron gravísimos dolores de estómago, siendole preciso tomar baños para curarse.

XXXII. Pero el motivo principal fué la guerra, que tuvo el siguiente origen:

La ciudad de Aquila, aunque sometida al reino de Nápoles, vivía como libre, y tenía en ella grande autoridad el conde de Montorio (1485). Encontrábase cerca del Tronto con sus hombres de armas el duque de Calabria, con pretexto de apaciguar algunos tumultos ocurridos entre los campesinos de aquellas comarcas y, proyectando someter por completo á Aquila á la obediencia del Rey, mandó llamar al conde de Montorio, como si quisiera valerse de él en algo de lo que estaba ejecutando. Obedeció el Conde sin recelo alguno y, al llegar donde estaba el Duque, fué preso y enviado á Nápoles.

Cuando en Aquila se supo esta prisión, se alarmó toda la ciudad y, acudiendo tumultuosamente á las armas, fué muerto Antonio Concinello, comisario del Rey, y algunos otros ciudadanos conocidos por ser partidarios del Monarca. Para tener quien en su rebelión les apoyara, enarbolaron la bandera de la Iglesia y enviaron embajadores al Papa, concediéndole la ciudad y rogándole que, como cosa suya, la defendiera de la tiranía real.

Tomó el Papa animosamente la defensa de Aquila porque, por motivos públicos y privados, odiaba al Rey, y estando Roberto de San Severino enemistado con el gobierno de Milán, y sin compromiso de servir á ningún otro, lo tomó el Papa á sueldo, haciéndole venir apresuradamente á Roma. Además, excitó á todos los amigos y parientes del conde de Montorio á que se rebelaran contra el Rey, y así lo hicieron inmediatamente los príncipes de Altemura, de Salerno y de Bisignano.

Metido el Rey en esta guerra imprevista, acudió á los florentinos y al duque de Milán en demanda de ayuda. Dudaban los florentinos lo que debían hacer, porque parecíales muy dañoso abandonar sus intereses por favorecer los ajenos, y muy peligroso empuñar de nuevo las armas contra la Santa Sede. Sin embargo, pospusieron su utilidad y los peligros á los deberes de la alianza; tomaron á sueldo á los Orsini y enviaron todas sus tropas, al mando del conde de Pitigliano, hacia Roma, en auxilio del Rey.

Organizó éste entonces dos ejércitos: el uno, mandado por el duque de Calabria, lo envió con dirección á Roma, y, unido al florentino, hizo frente al pontificio: el otro, á las órdenes del Rey, operó contra el de los barones sublevados. En ambos campos se hacía la guerra con varia fortuna, hasta que, adquiriendo el Rey superioridad en muchas partes, en Agosto de 1486, por mediación de los embajadores del rey de España, se ajustó la paz, que aceptó el Papa por haber sufrido reveses y no querer exponerse más á los caprichos de la fortuna.

Uniéronse, pues, entonces todos los potentados de Italia, dejando únicamente fuera de la unión á los genoveses, como rebeldes del Estado de Milán y usurpadores de propiedades de los florentinos.

Hecha la paz, Roberto de San Sevérino, que en la guerra había sido, como amigo, poco fiel, y como enemigo, poco peligroso, fué casi echado de Roma por el Papa. Perseguido por los florentinos y por las tropas del duque de Milán, cuando pasó Cesena, viéndose casi alcanzado, emprendió la fuga, y con menos de cien ca-

ballos llegó á Ravena. Los demás soldados, en parte, fueron recibidos por el duque de Milán, y en parte desvalijados por los campesinos.

Ajustada la paz y reconciliado el rey de Nápoles con los barones, mandó matar á Jacobo Coppola y á Antonello (Petrucci) de Aversa, con sus hijos, porque durante la guerra revelaron sus secretos al Pontífice.

XXXIII. Por el ejemplo que dieron en esta guerra, conoció el Papa la actividad y el celo de los florentinos en cumplir sus deberes de amistad, y á causa de ello empezó á cambiar en afecto la aversión que les tenía, primero por ser el Pontífice amigo de los genoveses, y después por el auxilio que dieron al rey de Nápoles, é hizo á sus embajadores más favores que de costumbre.

Lorenzo de Médicis conoció esta inclinación del Papa, y procuró hábilmente fomentarla, porque juzgaba que convendría mucho á su autoridad unir á la amistad del Rey la del Papa.

Tenía el Pontífice (1) un hijo, llamado Francisco, y deseaba procurarle Estados y aliados que le ayudaran á defenderlos después de su muerte. Nadie le pareció en Italia más á propósito para este objeto que Lorenzo de Médicis, y por ello obró de modo que éste diera á Francisco por esposa una de sus hijas. Contraído este parentesco, deseaba el Papa que los genoveses, por convenio, cedieran á los florentinos Serezzana, mostrándoles que no podían conservar lo que Agustín Fregoso había vendido, ni éste pudo tampoco dar á la corporación de San Jorge lo que no era suyo. No sólo no pudo conseguir

(1) Fué casado antes de recibir órdenes sagradas y tuvo varios hijos.

nada, sino que los genoveses, mientras se practicaban estas negociaciones en Roma, armaron muchos de sus barcos y, sin que en Florencia se supiera cosa alguna, desembarcaron tres mil infantes y asaltaron el castillo de Serezanello, situado sobre Serezzana, y en poder de los florentinos. Éstos reunieron inmediatamente sus tropas en Pisa, al mando de Virgilio Orsino, y se quejaron al Papa de que, mientras él negociaba la paz, los genoveses les habían declarado la guerra.

Enviaron después á Pedro Corsini á Luca para mantener la amistad de esta ciudad y á Pablo Antonio Soderini á Venecia para sondear las intenciones de aquella república; pidieron auxilio al rey de Nápoles y á Luis Sforza, y de ninguno de ambos lo obtuvieron, porque el Rey dijo estar receloso de la armada de los turcos, y Sforza, con diferentes pretextos, excusó mandarlo. Así sucede casi siempre á los florentinos, que se encuentran solos en la guerra, no hallando en nadie el ardimiento con que ellos procuran acudir en auxilio de los otros.

No por ser abandonados esta vez de los aliados se alarmaron, porque no era para ellos una novedad este abandono. Organizaron un ejército numeroso, á las órdenes de Jacobo Guicciardini y Pedro Vettori, y lo enviaron contra el enemigo, yendo á acampar junto al río de la Magra.

Entretanto los genoveses estrechaban el asedio de Serezanello, empleando contra él minas y los demás recursos que tenían en su poder, por lo cual los Comisarios determinaron socorrerlo. El enemigo no esquivó la batalla y, llegando á las manos, fueron derrotados los genoveses, quedando prisioneros Luis del Fiesco y otros muchos capitanes del ejército enemigo (1487).

No asustó á los de Serezzana esta victoria, de tal modo que quisieran rendirse; al contrario, se prepararon obstinadamente á la defensa, y los Comisarios florentinos al ataque, combatiendo valerosamente por ambas partes.

Durando mucho este asedio, decidió Lorenzo de Médicis ir al campamento. Con su llegada, nuestros soldados cobraron ánimo, y los de Serezzana lo perdieron al ver la obstinación de los florentinos en el ataque y la frialdad de los genoveses en socorrerles, por lo cual se rindieron á discreción de Lorenzo, volviendo al poder de los florentinos. Todos, menos los autores de la rebelión, fueron benignamente tratados.

Durante el asedio de Serezzana, Luis Sforza envió su ejército á Pontremoli, para indicar que venía en nuestro favor; pero, estando en inteligencia con algunos genoveses, sublevóse el partido opuesto á los gobernantes y, con el auxilio de aquel ejército, se entregaron al duque de Milán.

XXXIV. Por entonces los tudescos declararon la guerra á los venecianos, y Boccolino de Osimo, en la Marca de Ancona, había hecho rebelar Osimo contra el Papa, convirtiéndose en Señor absoluto de esta ciudad. Después de muchos accidentes, á persuasión de Lorenzo de Médicis, devolvió Boccolino dicha ciudad al Pontífice y vino á Florencia, donde, bajo la garantía de Lorenzo, vivió muy considerado durante bastante tiempo. Después fué á Milán, donde no encontró igual respeto á la promesa de seguridad, porque le mataron por orden de Luis Sforza.

En su guerra contra los tudescos, fueron derrotados los venecianos junto á Trento y muerto su general Roberto de San Severino. Después de este desastre, los venecianos, conforme á su constante fortuna, ajustaron la paz con los tudescos, no como vencidos, sino como vencedores: ¡tan honrosa fué para su república! (1488).

Hubo entonces también importantísimos disturbios en la Romaña. Francisco de Orso, vecino de Forli, era persona de grande autoridad en esta ciudad y llegó á ser sospechoso al conde Jerónimo, que repetidas veces le amenazó. Vivía Orso atemorizado, y sus parientes y amigos le aconsejaron que, puesto que temía ser muerto por el Conde, lo matara él primero, salvando de este modo su vida.

Tomada esta determinación, y decididos á realizarla, eligieron para su ejecución el día de mercado en Forli, porque, viniendo, durante él, muchos amigos suyos de las inmediaciones pensaron valerse de ellos, sin necesidad de llamarles.

Era el mes de Mayo, y la mayoría de los italianos tienen la costumbre de cenar con luz del día. Creyeron los conjurados que el mejor momento para matar al Conde era el de la cena porque, mientras cenaba su familia, permanecía solo en su habitación. Acordado así, fué Orso á casa del Conde, dejó á sus compañeros en las primeras habitaciones, llegó á la en que el Conde estaba, y dijo á su ayuda de cámara que le anunciara quería hablarle. Fué Orso introducido y, encontrando al Conde solo, después de algunas frases sobre fingido asunto, le mató y, llamando á los cómplices, también mataron al ayuda de cámara.

Por acaso se presentó el comandante de la plaza en aquel momento para hablar con el Conde y, al llegar á la sala con pocos que le acompañaban, también le mataron los asesinos.

Hechos estos homicidios, promovieron gran alboroto, arrojaron por una ventana el cadáver del Conde y, gritando Iglesia y Libertad, armaron á todo el pueblo, que odiaba la avaricia y crueldad del Conde, saquearon la casa de éste y prendieron á la condesa Catalina y á sus hijos.

Quedaba sólo por tomar la fortaleza para que esta empresa tuviera completo éxito; pero no quería entregarla el gobernador y rogaron á la Condesa que le aconsejara rendirla. Prometió ella hacerlo si le permitían ir al castillo y, en prenda de su promesa, les dejó sus hijos. Creyeron los conjurados lo que les prometía y le permitieron entrar en la fortaleza; pero, tan pronto como estuvo dentro, les amenazó con la muerte y todo género de suplicios en venganza del asesinato de su marido. Le dijeron que matarían á sus hijos y respondió que estaba en edad de procrear otros.

Asustados los conjurados al ver que el Papa no les ayudaba y al saber que Luis Sforza, tío de la Condesa, mandaba tropas en auxilio de ésta, con todos los efectos y bienes que pudieron llevar consigo se refugiaron en Cittá del Castello. Cuando la Condesa recobró la posesión de sus Estados vengó la muerte de su esposo con todo género de crueldades.

Sabida la muerte del Conde, los florentinos aprovecharon la ocasión para recobrar el castillo de Pancaldoli, que les había quitado hacía tiempo y, mandando allí sus tropas, lo tomaron, pero murió en la empresa el famosísimo arquitecto Cecca.

XXXV. Á este desorden ocurrido en la Romaña sucedió otro no menos importante.

La esposa de Galeotto, señor de Faenza, era hija de

Juan Bentivoglio, Señor de Bolonia, y, por celos ó por malos tratos del marido, ó por su mala índole, odiaba á su esposo, hasta el punto que determinó quitarle los Estados y la vida.

Fingiendo enfermedad, se metió en la cama y ordenó que cuando Galeotto fuera á visitarla, le asesinaran algunos de sus confidentes, escondidos en la habitación. Además dió cuenta del proyecto á su padre, que esperaba la muerte de su yerno para apoderarse del Señorío de Faenza.

Llegado el momento fijado para este homicidio, entró Galeotto en la habitación de su esposa, según su costumbre, y estaba hablando con ella cuando los asesinos salieron del escondite y, sin que él pudiera evitarlo, le mataron.

Fué grande el tumulto después de esta muerte, y la esposa con un hijo pequeño que tenía, llamado Astorre, se refugió en el castillo. El pueblo tomó las armas, y Juan Bentivoglio, con un tal Bergamino, capitán á sueldo del duque de Milán, con bastantes tropas preparadas de antemano, entró en Faenza, donde estaba aún de Comisario florentino Antonio Boscoli.

En medio del desorden todos aquellos jefes se reunieron para convenir el gobierno de la ciudad; pero los hombres de Val de Lamona, que al saber lo ocurrido acudieron precipitadamente, atacaron á Bentivoglio y Bergamino, matando á éste, prendiendo á aquél y proclamando la dominación de Astorre y de los florentinos, á cuyo Comisario entregaron la ciudad.

A todos desagradó en Florencia este suceso cuando lo supieron; sin embargo, hicieron poner en libertad á Juan Bentivoglio y á su hija, y tomaron á su cuidado Astorre

y la ciudad de Faenza, por voluntad de todo el pueblo.

Á este desorden siguieron otros, después que terminaron las guerras grandes entre los Estados más poderosos. Durante muchos años hubo tumultos en la Romaña, en la Marca y en Siena, que, por su escasa importancia, juzgo superfluo referir. Verdad es que los de Siena, después que el duque de Calabria, en la guerra de 1488, partió de aquel punto, fueron más frecuentes, ocasionando rápidos cambios, en los cuales unas veces dominaba la plebe y otras los nobles. Quedaron éstos al fin dueños de la ciudad, y con más autoridad que los demás Pandolfo y Jacobo Petrucci, quienes, el uno por su prudencia y el otro por su valor, llegaron á ser Señores de ella.

XXXVI. Terminada la guerra de Serezzana, vivieron los florentinos hasta el año de 1492, en que ocurrió la muerte de Lorenzo de Médicis, en grandísima prosperidad, porque Lorenzo, una vez asegurada la paz por su influencia y autoridad, dirigió sus esfuerzos á engrandecer su casa y su patria. Casó á su hijo primogénito, Pedro, con Alfonsina, hija del caballero Orsino, y después logró que á su segundo hijo, Juan, le concedieran la dignidad del cardenalato. Llegó éste á ser tan famoso como extraordinario fué su nombramiento de cardenal antes de cumplir catorce años (1). Este fué uno de los honores que más tarde elevaron la reputación de los Médicis hasta las nubes.

No le fué posible asegurar extraordinaria fortuna á su tercer hijo, Julián, por lo joven que era y lo poco que Lorenzo vivió.

(1) Llego á ser Papa con el nombre de León X.

Las hijas las casó una con Jacobo Salviati, otra con Francisco Cibo, y la tercera con Pedro Ridolfi. La cuarta, que, por tener á su familia unida, la había casado con Juan de Médicis, murió.

Respecto á sus demás asuntos privados, en el comercio fué desgraciadísimo, porque las irregularidades de sus dependientes, que administraban los negocios de Lorenzo, no como hombre privado, sino como príncipe, le hicieron sufrir grandes pérdidas en diferentes puntos, siendo preciso que su patria le ayudara con cuantiosa suma de dinero del Tesoro público.

De aquí que, por no exponerse de nuevo á los trances de la fortuna, dejó las operaciones mercantiles y adquirió dominios territoriales, como riqueza más sólida y segura. En las comarcas de Prato, Pisa y Val de Pesa compró grandes posesiones, cuyas rentas y edificios y magnificencia no parecían de hombre privado, sino de soberano.

Después de esto se dedicó á embellecer y agrandar su ciudad; y, habiendo en ella grandes espacios sin edificar, los llenó de nuevas calles y casas, que ensancharon y hermosearon Florencia. Para asegurar la tranquilidad de sus habitantes y poder combatir desde lejos á los enemigos, fortificó el castillo de Fiorenzuola, situado en medio de los Alpes, hacia Bolonia; en la dirección de Siena comenzó la restauración de Poggio Imperial para hacerlo inexpugnables, y cerró á todo enemigo el camino de Génova con la conquista de Pietrasanta y Serezzana. Además, mantenía con subsidios y pensiones la amistad y adhesión de los Baglioni en Perusa, de los Vitelli en Cittá de Castello, y el gobierno de Faenza estaba en su poder. Todas estas disposiciones constituían una especie de baluarte para la seguridad de Florencia.

Durante este período de paz procuró que abundaran las fiestas en la ciudad, haciendo celebrar con frecuencia torneos y representaciones de triunfos y sucesos de la antigüedad. Su propósito era mantener la abundancia en su patria, unido al pueblo y honrada la nobleza.

Estimaba grandemente á los que sobresalían en cualquiera de las artes; favorecía á los literatos, de lo cual pueden testificar Agnolo de Montepulciano, Cristóbal Landini y el griego Demetrio. El conde Juan de la Mirandola, hombre casi divino, atraído por la magnificencia de Lorenzo de Médicis, prefirió Florencia á todas las otras ciudades que había recorrido, para fijar su residencia.

Eran de su especial agrado la música, la arquitectura y la poesía, y compuso y comentó varias composiciones poéticas.

Para que la juventud florentina pudiera ejercitarse en el estudio de la literatura, fundó la Universidad de Pisa, llamando á la enseñanza en ella á los hombres más sabios que había entonces en Italia.

Para fray Mariano de Chinazzano, de la orden de San Agustín, porque era predicador notabilísimo, edificó un monasterio junto á Florencia.

La fortuna y Dios le protegieron, y por ello todas sus empresas tuvieron feliz término, y las de sus enemigos desgraciado; porque, además de la conjuración de los Pazzi, quiso asesinarle Bautista Frescobaldi en el Carmen, y Baldinotto de Pistoya en su casa de campo; pero todos recibieron, como también sus cómplices, el justo castigo por tan malvados designios.

No sólo los príncipes de Italia, sino los de países lejanos, conocieron con admiración su modo de vivir y su fortuna. El rey de Hungría, Mattías, le dió muchas pruebas de su estimación y aprecio, y el Sultán de Egipto le cumplimentó y envió regalos por medio de sus embajadores. El Gran Turco le entregó á Bernardo Bandini, asesino de su hermano.

Todas estas cosas le atraían la admiración de Italia. Su prudencia aumentaba diariamente su reputación, porque era en discutir los asuntos elocuente é ingenioso, en resolverlos sensato, y en ejecutar lo resuelto activo y animoso.

No le censuraron vicios que obscurecieran sus virtudes, aunque era aficionado á los placeres del amor y le deleitaba oir á los burlones y maldicientes y los juegos pueriles más de lo que convenía á tan grande hombre, pues muchas veces se le veía tomar parte en los entretenimientos de sus hijos é hijas. Considerando estas aficiones unidas á las graves de los negocios públicos, parecía haber en él dos personas unidas por lazos incomprensibles.

En sus últimos tiempos vivió lleno de molestias, causadas por la enfermedad que le afligía, produciéndole grandes dolores de estómago. Tanto se exacerbaron éstos, que falleció en Abril de 1492, á los cuarenta y cuatro años de edad.

Nadie murió, no sólo en Florencia, sino en Italia, con mayor fama de prudencia, ni fué más sentido. Viéronse en el cielo muchos presagios de que su muerte sería principio de grandes calamidades, entre ellos un rayo que cayó en lo alto de la iglesia de Santa Reparata, con tanta violencia que destrozó gran parte de la elevadísima techumbre, con estupor y admiración de todos.

Lamentaron su muerte todos los ciudadanos y todos los príncipes de Italia, dando de ello pruebas manifiestas,

porque todos, sin excepción, enviaron embajadores á Florencia para expresar su sentimiento á esta República. Y de que tenían justo motivo para sentirlo, muy pronto se conoció por los efectos; porque, faltando á Italia sus consejos, no encontraron los gobiernos medio de satisfacer ó refrenar la ambición de Luis Sforza, gobernador del duque de Milán, por lo cual, inmediatamente después de la muerte de Lorenzo de Médicis, empezaron á nacer las malas semillas que, al poco tiempo, por no vivir quien sabía destruirlas, arruinaron y arruinan todavía á Italia.

FIN DE LA HISTORIA DE FLORENCIA.

FRAGMENTOS HISTÓRICOS (1)

AÑO DE 1494.

Quería el papa Alejandro VI que Alfonso (2) diera su hija en matrimonio á uno de los hijos de aquél, y oponiéndose éste, se indignó hasta el extremo de escribir al rey de Francia que viniera á reconquistar el reino de Nápoles; de suerte que, si es cierto que Carlos pensaba ya en esta conquista, el consejo del Pontífice le decidió á emprenderla.

Añadíase á esto que Luis Sforza gobernaba el Estado de Milán como soberano y no como tutor de Juan Galeazzo, que ya era adulto y á quien no pensaba entregar el gobierno, sino apartarle de los asuntos públicos, reteniendo para sí toda la autoridad; cosa muy desagradable para el rey Alfonso, padre de Hipólita, esposa de Juan Galeazzo. Pero Fernando, padre de Alfonso, disuadía á éste de todo intento contra Sforza, temeroso de que llamara á Francia en su ayuda; y para disipar las sospechas

(1) Estos fragmentos históricos son trabajos preparatorios de Maquiavelo para continuar la historia de Florencia.
(2) Hijo de Fernando, rey de Nápoles.